

Ga
Catalunya



JORDI SIERRA | FABRA

LA
MEMORIA
DE
LOS
SERES
PERDIDOS

Primera edición: junio de 1998

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Marta Mesa

© del texto: Jordi Sierra i Fabra, 1998
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A los desaparecidos
de todo el mundo,
a sus familias
y a quienes han consagrado
su vida a buscarlos.*

PRIMERA PARTE

LUNA LENA

1

La pequeña revolución se inició en el instante en que sonó el timbre de la puerta.

Y con ella, los últimos nervios acabaron por desaparecer.

Era la hora.

El gran momento.

La propia Estela salió de su habitación y recorrió el pasillo de la casa para ir a abrir la puerta. Alexandra le guiñó un ojo al verla pasar, asomada a su dormitorio. Por detrás, en la sala, se escuchó el movimiento de sus padres, uno incorporándose de la butaca y otra suspirando por el final de la espera.

Estela se detuvo solo un instante, para girar la cabeza y ver su aspecto en el espejito del recibidor. No hizo nada. Ya no era necesario. En realidad, jamás se había sentido más hermosa. Y no únicamente por su imagen exterior. Sonrió. Finalmente hizo girar el tirador con su mano derecha y abrió. El rostro plácido y la figura de Miguel quedaron enmarcados por el quicio de la puerta, recortados contra la tenue y difusa luminosidad que procedía de la vieja escalera situada a su espalda.

Los dos se miraron. Los dos sonrieron.

Y después se besaron.

De forma suave, en los labios.

–Hola –dijo él.

–Hola –dijo ella.

–¿Qué tal?

–Ánimo.

–Ya.

Miguel entró y ella cerró la puerta. Luego lo cogió de la mano libre, porque en la otra llevaba una caja con un lazo perfectamente envuelta en papel de regalo, para avanzar juntos por el pasillo. La primera en aparecer, cómo no, fue Alexandra. Estela hizo la primera parada.

–Alexandra... –comenzó a hablar su hermana mayor.

–¡Hola, cuñado! –le saludó ella con abierta cordialidad, sin dejar que terminara la presentación.

Y lo besó en ambas mejillas.

Sus ojos chisporroteaban, su sonrisa era pícara y al mismo tiempo ingenua, feliz y radiante. Obviamente estaba de su parte. Como cualquier adolescente, el amor se presentaba siempre con una fascinación de mágica aureola que lo convertía en Lo-Más-Importante-Del-Mundo. Miguel ya la conocía de sobra a través de los comentarios de Estela, así que estaba preparado.

Él también sonrió.

Alexandra miró a su hermana.

–No sé de dónde sacaste lo de que era feo. A mí me parece bastante bien.

–¡Oh, cielos! –gimió Estela sin ofenderse por la broma.

–Venga, vamos –tomó la iniciativa Alexandra pasando de su propia broma–, que quiero ver la cara que ponen.

Ella misma se puso en medio de los dos, los agarró del brazo y los arrastró en dirección a la sala. Fueron tan solo cinco pasos. Armando Lavallo estaba de pie en mitad de la estancia. La madre, Petra, junto a la mesa ya preparada para la cena. La primera cena. En medio del nuevo silencio, las miradas abrieron rápidos surcos en el aire, multiplicándose y concentrándose en dos direcciones: las de ellos,

en el recién llegado; y la del recién llegado, en ellos, especialmente en el padre de su novia. Fue como un ligero intercambio de sensaciones, a la búsqueda de una primera impresión que diera nuevas pistas o reforzara las ideas preconcebidas.

La que seguía estando más tranquila era Estela. Quería a todas las personas que se encontraban en la sala en ese instante. De muy distintas formas, pero las quería. Eran su mundo, su familia y, por supuesto y con respecto a Miguel, también su futuro. Todo estaba allí.

No dudaba de que todo iría bien.

–Papá, mamá –anunció con solemnidad–. Este es Miguel.

Los dos hombres extendieron su mano derecha hacia el espacio abierto entre ellos. Se la estrecharon con fuerza, mirándose a los ojos. La seriedad del padre de Estela no hizo que menguara la sonrisa en la cara de él. El intercambio, de manos y miradas, duró apenas dos segundos, pero fue intenso. Fue Miguel quien cedió para dirigirse a la madre de su novia, a la que besó en ambas mejillas con decisión.

–Señora...

El rostro de Petra Puigbó de Laval se inundó con una sonrisa serena, y acto seguido dirigió la mirada en dirección a su hija mayor. Fue también muy breve y fugaz, pero en ella encerraba un completo universo de sensaciones, o más aún: de aprobaciones. Volvió a centrar sus ojos en el muchacho, e instintivamente, levantó su mano y le presionó el brazo con nada disimulado afecto. Sus palabras fueron más que una salutación. Fueron una llave de paz y aceptación.

–Bienvenido a esta casa, hijo.

–He traído esto. He pensado que para celebrar el momento...

Le entregó la caja. La madre de Estela formuló las habituales reconvencciones: «No tenías que haberte molestado», «Qué detalle»... y procedió a romper el envoltorio

de la caja de madera para descubrir el cava gran reserva que contenía. Mientras lo hacía, Miguel sintió clavados en su perfil los ojos de Armando Lavalle. El hombre todavía no había hablado. Estela tenía razón: impresionaba bastante. Y no por ser el padre de la mujer que amaba, sino por su estatura, sus penetrantes ojos, su seriedad. Estela le había definido como un «hombre de silencios que mataba con la mirada». Y era verdad. Aun así, siguió relativamente tranquilo. No era un monstruo. No iba a quitarle nada. Solo estaba enamorado de su hija.

Y ella de él.

Perdidamente.

Petra sacó la botella de la caja. Se la pasó a su marido.

–Buena marca –concedió él–, y buena elección.

Su voz era recia, su tono fuerte, endulzado por el característico acento de su país de origen.

–Gracias, señor. Estela ya me advirtió que era usted un experto.

–Voy a ponerlo en la nevera –anunció su madre.

Fue Alexandra la que, cómo no, rompió el pequeño estatismo de la escena.

–Bueno, ¿qué? ¿Nos ponemos solemnes o nos relajamos?

–Haz los honores, venga –la invitó su hermana mayor–. Yo voy a ayudar a mamá.

Y siguió los pasos de la mujer, dejando solos a los tres.

Por primera vez, Miguel se sintió un poco perdido. La necesitaba a su lado, por lo menos hasta que no tuviera un mínimo de confianza con Armando Lavalle.

–¿Qué quieres tomar, cuñado? –escucharon la voz llena de tintineos de Alexandra.

Estela y su madre salieron de la sala. No hicieron más que entrar en la cocina cuando la muchacha la detuvo en seco y la miró fijamente, con una sonrisa abierta de oreja a oreja.

–¿Qué tal? –quiso saber.

–¡Hija, pero si acabo de conocerle! –protestó ella.

–Bueno, pero la primera impresión es la que cuenta, y tú eres muy perceptiva, mamá.

–Parece buen chico, pero sois tan jóvenes que...

–Vale, pero te gusta, ¿verdad?

Petra Puigbó esbozó la más conocida de sus sonrisas, la que motivaban la ternura y la paz, la sensación de haber hecho las cosas bien y comprender que todo seguía su camino, un camino estable y serenamente delimitado. Sus ojos se convirtieron en dos rendijas de amor humedecidas por la conjura de todos sus sentimientos. Volvió a levantar su mano derecha, pero no para presionar el brazo de su hija, como acababa de hacer con su novio, sino para acariciarle la mejilla.

Después, por toda respuesta, se acercó a ella y la besó en la frente.

Un beso largo, cálido y profundo que contenía todo lo demás.

2

La aparición de Fina cambió la paz por la guerra, el silencio por la furia, la calma por la convulsión. No por esperada, su llegada fue menos tempestuosa. Su amiga la abrazó por detrás, la besó en la mejilla, la presionó con fuerza y acabó estallando junto a su oreja:

—¡Ya estoy aquí! ¡Vamos, suéltalo todo, que me muero de ganas!

Estela dejó que la rodeara y se sentara en la mesa, frente a ella. No había nadie cerca, así que su intimidad quedaba a salvo de miradas u oídos ajenos. Le hizo gracia el comportamiento expansivo de Fina. Desde que todo aquello había comenzado, parecía vivir mucho más intensamente su amor que cualquiera de los muchos que ella ya había tenido a lo largo de los últimos tres años. Probablemente porque Fina se enamoraba y desenamoraba a una velocidad tres veces superior a la del sonido, y también porque más de una vez le había dicho que, en su caso, el día que se enamorara, sería para siempre. Y Fina sabía que hablaba en serio.

—¡Venga, empieza! —protestó su amiga al ver la calma con que se lo tomaba ella.

—Mujer, ¿qué quieres que te diga? Fue todo bastante normal.

—¿Cómo que normal? Les presentas a tu novio, ¡tu-novio! —recalcó las dos últimas palabras con un gesto de clara

afectación–, y dices que todo fue «bastante normal». No me vengas con chorradas, ¿quieres?

–Pues lo fue.

–Vale, eso lo decidiré yo. Tú suéltalo, al detalle. Y por orden: ¿qué pasó al llegar?

–Pues que Miguel trajo una botella de cava que le costó un pastón y que no sé de dónde sacó, porque aún no he podido hablar con él, y que a mi padre le gustó el detalle. A mi madre se le caía la baba y la pesada de Alexandra no paró de llamarle «cuñado».

–¡Cómo se pasa tu hermana, qué morro! –alucinó Fina.

–Huy, pues ella estaba encantada.

–No te fíes: todas las hermanas pequeñas se enamoran secretamente de los novios de sus hermanas mayores. Mírame a mí con Pascual.

–Anda, no exageres.

–Allá tú. ¿A que estuvo cariñosísima y se le colgó del brazo y le dedicó sus mejores coqueterías y tonteó como una loca con él?

–Sí, pero...

–Lo que yo te diga –y para zanjar el tema pasó la mano derecha, con su palma hacia abajo, por entre las dos y por encima de la mesa, haciendo un gesto rápido–. ¿Qué dijo tu madre además de caérsele la baba?

–Que era guapo, muy educado, que vestía bien, que parecía listo...

–¡Anda que tu madre! –sonrió Fina–. No diré yo que Miguel no sea todo eso y más, pero así, a la primera de cambio...

–También me dijo que me quería mucho, porque cada vez que me miraba se derretía.

–Mujer, es que le tienes colado.

–Y él a mí.

–Sí, la verdad es que dais asco –puso una cara acorde con sus palabras, fingiendo repulsa. Luego la cambió tan